

▶ Héctor Ignacio Rodríguez ◀

Jaime Jaramillo Escobar

Cuando le conocí era un joven poeta, enamorado de su Beatriz.
Para ella escribió su único libro, titulado *Menos poemas y más besos*.
En la poesía las amadas suelen llamarse Laura, Beatriz, Leonor o Marilia.

En ese libro el nombre no resultaba necesario.

Ella sabía que era la única para ese muchacho romántico y apasionado.

Él tocaba en la flauta su romanza de amor y suspiraba por ella.

Ella no suspiraba. No era suspiradora.

Él pensaba tener tres hijos con ella: blancos, rubios y preciosos.

Cuando ella le dijo que no, él hizo tres muñecos de madera y los enterró
en el jardín de la casa,

en un ritual privado de lágrimas y resignación.

Músico además de poeta, trabajaba como ingeniero electricista en el Hotel
Nutibara.

La música era su refugio. Ejecutaba la flauta traversa con imaginación y
fantasía.

Los músicos son semidioses
que hacen cantar la madera y los metales.

Toda mi reverencia por ellos.

En el taller de poesía se dejó coronar —el único— para complacer a los
amigos porque la poesía era su orgullo.

Su fotografía de poeta coronado ilustra la portada de la segunda edición
de su libro,

impreso por la Universidad de Antioquia.

Sus amigos lo querían por su noble ademán y su exquisita sensibilidad frente
a las artes y la vida.

Pasado cierto tiempo ella dijo que sí, y nacieron los tres niños.

Todo iba bien, pero a él lo atropelló una moto cruzando la calle, y poco
después murió por sobredosis de un calmante.

En la moto iban dos hombres. Lo vieron en el suelo y aceleraron, riendo a
carcajadas.

A la velación asistió el gerente del Hotel para despedir cortésmente a su
empleado.

Sus familiares despedían al padre de los tres niños.

Del artista nadie se enteró. ■